

LA IRRIGACIÓN DE LAS ZONAS ÁRIDAS EN MÉXICO

Manuel Gamio¹

Lógico y oportuno nos parece el artículo "Agua de Riego y Riego de Oro" publicado por el licenciado Carlos Pereyra, en la prensa de esta capital, pero como al aludir a los conceptos que sobre irrigación de tierras áridas expusimos en "Current History", califica a éstos de dogmáticos, vamos a explicar por qué parece ser inconveniente la erección de grandes obras destinadas a irrigar nuestras zonas áridas.

Uno de los tópicos que con frecuencia oí discutir durante las visitas que en los últimos años he hecho a los Estados Unidos, consiste en la relativamente escasa importancia que respecto al mejoramiento económico social presentan las obras de irrigación que se han realizado en aquel país. Esta actitud discrepa hondamente con la opinión que siempre hemos tenido en México y que se tiene en muchos otros países, respecto a ese punto, por lo que creí que se trataba de una de tantas cuestiones políticas que periódicamente conmueven al pueblo americano. Sin embargo, posteriormente seguí escuchando opiniones de personas autorizadas de ese país que criticaban de manera desfavorable el resultado efectivo que se ha obtenido de los proyectos de irrigación que han ocasionado el gasto de cientos de millones de dólares.

Por último, me enteré de juicio crítico, parte del cual transcribo, que el doctor Isaac Bowman, director de la "American Geographic Society", y quizás la primera autoridad en geografía económica de los Estados Unidos publicó en la importante revista de Nueva York, "Foreign Affairs" y que aparece sintetizado en el semanario científico de Washington, "Science News Letters" de junio 23 de 1928:

"Una paradoja muy generalizada que debe ser destruida para dar lugar a más sólidos razona-

mientos consiste en el pretendido desarrollo de las zonas no explotadas o áridas (*pioneer belts*) del mundo, por medio de la magia de la irrigación. La riqueza de las tierras artificialmente irrigadas en la India, Mesopotamia, Egipto, España y aún en nuestro país (E.U.) ha sido comentada con tal insistencia, que de buena fe se llega a atribuir la ingeniería el poder de transformar los desiertos del mundo en productivos jardines. Si esto fuera cierto, sería preferible abandonar zonas de agricultura normal para dirigirse entusiastamente a cultivar los desiertos.

"Desgraciadamente la naturaleza impone un pesado tributo a las llamadas conquistas del hombre, ya sean éstas la irrigación de zonas áridas, ya el cultivo de las tropicales.

"El hombre puede construir ferrocarriles en las montañas, pero por cada tonelada de flete que transporta en las pendientes necesita quemar mayor cantidad de carbón que en las llanuras siendo este exceso de combustible el tributo pagado a la montaña.

"Sucede lo mismo con la irrigación. Los Estados Unidos han sido un admirable laboratorio experimental. Durante veinticinco años el "Reclamation Service" ha efectuado la importante tarea de llevar a la práctica grandes proyectos de irrigación que suministran agua a los valles bien escogidos en las regiones áridas del Oeste y ha invitado a establecerse allí a los colonizadores en condiciones generosas. Con esto el Gobierno ha auscultado directamente el problema de la capacidad de población de nuestras tierras. Sin embargo, ¿cuál ha sido el resultado obtenido?, ¿cuántas personas han sido beneficiadas durante veinticinco años por tales medios? LA TOTAL POBLACIÓN RURAL QUE SE HA BENEFICIADO CULTIVANDO LAS TIERRAS DE LOS VEINTICUATRO GRANDES PROYECTOS U OBRAS DE IRRIGACIÓN EFECTUADOS DURANTE VEINTICINCO AÑOS, MERCED A LA GENEROSA

¹ Este artículo fue publicado en *El Excelsior*, el 21 de abril de 1930, págs. 5 y 7, y fue recuperado gracias al doctor Roberto Melville, investigador del CIESAS.

AYUDA OFICIAL, ES SOLAMENTE DE CIENTO TREINTA Y SIETE MIL (137,000) PERSONAS [énfasis en el original], cifra igual a la de una población secundaria, como por ejemplo, la de Hartford, Conn., o a la de Grand Rapids, Mich. Así, pues, la irrigación no resolverá el problema del exceso de población de las zonas agrícolas normales, ni el de carácter urbano.

"Fácilmente se observará que las más pequeñas innovaciones en los métodos de cultivo de las zonas normales contribuirán más al progreso de la producción agrícola y de la población, que todos los millones que han sido gastados en las obras de irrigación del Oeste en un cuarto de siglo".

Si tan enorme fracaso ocurre en los Estados Unidos con referencia a la irrigación de zonas áridas, no vemos por qué milagrosas circunstancias ha de escapar México de la misma contingencia.

En buena hora se irrigen las tierras normalmente dedicadas a la agricultura, pero desprovistas de agua o sean las tierras llamadas de temporal; pero aun en este caso no debe darse preferencia a las obras gigantescas que benefician a escaso número de ricos terratenientes a que alude el licenciado Pereyra, sino a los medianos y pequeños. El ideal sería hacer múltiples pero pequeñas obras de captación, económicamente construidas en pueblos y regiones de satisfactoria localización topográfica (inmediatas a cañadas, barrancos, etcétera), los cuales son innumerables, dado el relieve montañoso del país. Como ejemplo de esto puede citarse el valle de Teotihuacan, donde la secretaria de Agricultura, a petición de la ex Dirección de Antropología, comisionó a varios ingenieros, quienes enseñaron a los vecinos a construir con sus propios elementos presas y bordos de muy bajo costo; pero eficaces en sus funciones. En los estados de Hidalgo, Puebla y otros, ese sistema ha dado iguales buenos resultados y si no se extiende más es porque necesita propaganda y suficiente número de ingenieros directores.

Por otra parte, la producción de las tierras artificial o naturalmente irrigadas con que cuenta nuestro país, es muy pobre si se le compara con la de varios países extranjeros, lo cual se debe fundamentalmente, a que los métodos de selección de semilla, laboreo de tierras, irrigación y abono de las mismas, rotación de cultivos, cosecha, conducción a los mercados, ventas, etc., son anticuados, defectuosos y, por lo tanto, antieconómicos. Si en esta clase de tierras y en las de temporal que se irrigan fragmentariamente, según quedó dicho arriba, se implantan eficaces métodos de explotación por parte de los agricultores y se amplía la propaganda de educación

agrícola en escuelas del tipo de las que fundó el general Calles y siguió estableciendo el licenciado Portes Gil, la producción pronto mejorará cuantitativa y cualitativamente. Por supuesto que para alcanzar éxito es también necesario que los agricultores sean efectiva y honradamente refaccionados cuando sea menester, pues sin contar inicialmente con los indispensables elementos de trabajo nada podrán hacer. Se argüirá que el país no tiene elementos económicos suficientes para refaccionar a todos los pequeños agricultores que lo necesitan, afirmación de la que nadie podrá dudar. Fundándonos precisamente en ese argumento, sugerimos durante las administraciones de aquellos ex presidentes que el mejor medio de resolver el problema de la emigración y a la vez de fomentar la agricultura nacional consiste en establecer colonias con los repatriados mexicanos que proceden de los Estados Unidos, que generalmente son individuos poseedores de elementos económicos que les permiten poder iniciar sus labores y, además, tienen importantes conocimientos sobre cultivos agrícolas, manejo de maquinarias y herramientas modernas, etc., los cuales adquirieron en la república vecina.

Las colonias de repatriados que se establecieron en el pasado, fracasaron casi en su totalidad, porque los grupos de colonos no fueron estudiados y organizados antes de salir de los Estados Unidos, y después de establecerse en México, sino que se dejó que las colonizaciones se efectuaran espontáneamente.

Cuando de modo integral se lleven a la práctica las expuestas sugerencias que a cualquiera inspira el sentido común, es probable que la agricultura produzca mucho más que hoy sin necesidad de acudir a irrigar las zonas áridas del país, empresa que será de resultados problemáticos. ☺



Niños en terrenos baldíos, 1928, Cd. Juárez, Chih., AHA, Aprovechamientos Superficiales, c. 328, exp. 7183.